



T INÉDITOS DE JULIO TORRI¹

*Presentación
de Serge I. Zaitzeff**

Poco a poco la parca obra de Julio Torri (1889-1979) va aumentando con el tiempo gracias al rescate de textos dispersos y epistolarios inéditos². No obstante, se sabe por las propias declaraciones del autor que existían entre sus papeles todavía otras páginas “parecidas a sus textos publicados”³. De hecho, estas prosas que no son muy numerosas revelan a un escritor atraído por la imaginación y la fantasía, por la estampa y el poema en prosa, por lo insólito y lo íntimo, en fin es el mismo Torri de *Ensayos y poemas*, *De fusilamientos*, *Tres libros* y *Diálogo de los libros*.

Entre sus nuevos textos se destaca especialmente “El ladrón de ataúdes”, mencionado por el mismo Torri en conversación con Emmanuel Carballo⁴ y por Martín Luis Guzmán en *A orillas del Hudson* (1920) quien recordaba que aquel “humorista impávido” solía hablar de su curiosa amistad con cierto coleccionador de ataúdes. El cuento, sin embargo, va más allá de la anécdota relatada por Martín Luis Guzmán al explorar las posibilidades imaginativas y humorísticas del tema. Con la mayor verosimilitud, el narrador recuerda su sorpresa cuando encuentra en su casa una caja

con un bello ataúd adentro. De modo característico Torri enfoca la situación desde una perspectiva inesperada. Así hace hincapié en el lujo decorativo del ataúd y sólo de paso advierte que éste “estaba vacío”. El resto de la narración se limita a reproducir el contenido de una carta anónima que estaba “prendida con un alfiler a uno de los muelles almohadones de raso azul celeste de que está cubierto interiormente.” Con precisión y fino humor negro se describen las intenciones de estos raros coleccionadores y ladrones de cajas de muerto. En el fondo, este texto se relaciona con otros de Torri por su actitud anticonvencional ante la muerte (“De funerales”, por ejemplo), pero se distingue por su humor insólito y extravagante.

“El único viaje” debe ser el cuento no publicado por Torri del cual Alfonso Reyes había dicho en *Pasado inmediato* que trataba de un “embustero que privaba de existencia a los que nombraba”⁵. En él se da precisamente ese caso con el fin de demostrar las infinitas posibilidades del “mundo de la mentira”. En otras palabras, se afirma aquí, igual que en otras páginas de Torri, que puede existir un universo radicalmente alterado, libre de toda restricción lógica, en el cual sólo funciona la imaginación. En “El único viaje”, el narrador ofrece el caso concreto de su amigo Juan Cabeza de Vaca quien tenía el extraño poder de convertir lo real (sucesos, seres) en irreal. Así desaparecían misteriosamente de la realidad ciertas personas que luego formaban parte de este otro mundo inventado por Cabeza de Vaca. Como prueba de la verdad de estos hechos inverosímiles, el narrador cuenta su propia experiencia durante una reunión mundana. Lo interesante de esta descripción es la presencia de frases enteras

* Serge I. Zaitzeff, es profesor de literatura en la Universidad de Calgary, Canadá. En México es conocido por su libro *El arte de Julio Torri* (1983) y la compilación de textos de Torri, *Diálogo de los libros*, F. C. E., 1980.

¹ Tomados de un libro en preparación del mismo autor sobre Julio Torri y su generación.

² Véanse Julio Torri, *Diálogo de los libros*. Compilador Serge I. Zaitzeff. Fondo de Cultura Económica, 1980 y nuestro *El arte de Julio Torri*.

³ En Carmen Galindo, “Julio Torri con sus propias palabras” reproducido en Serge I. Zaitzeff, *Julio Torri y la crítica*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, p. 40.

⁴ Emmanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas Editoriales, 1965, p. 147.

⁵ Alfonso Reyes, *Pasado inmediato* en *Obras completas*, F.C.E., 1955, p. 206.



que luego Torri utilizará en “La cocinera” (*De fusilamientos*, 1940). Así, por ejemplo, todo el párrafo que describe al vecino de la derecha es reproducido casi intacto en “La cocinera”⁶. En ambos textos, además, la próxima oración resulta ser idéntica (“su conversación, profesor, es muy instructiva”), pero su desarrollo será totalmente diferente. De hecho, en el texto original se busca un efecto humorístico mediante la repetición de la palabra “instructiva” y luego se sigue explotando esta misma vena absurda. Por otra parte, el tema predilecto de la oratoria, siempre blanco del espíritu crítico de Torri, produce aquí unas situaciones paradójicas. Así, por ser mal orador (con su “aire de persona tartamuda”) una marquesa le pide al narrador que tenga la amabilidad de dar un discurso. Ella quiere sobre todo asegurarse de que los “malos oradores existen realmente” ya que los maridos de todas las mujeres presentes sobresalen en ese arte. A punto de citar a Sófocles, el grotesco narrador con su busto “vigoroso y exuberante” y su voz “nasal y grave” desaparece repentinamente gracias a la intervención de Juan Cabeza de Vaca. El cuento concluye con una discusión sobre la necesidad de citar, pasaje que será también aprovechado por Torri casi sin cambio alguno en “La cocinera”. Fuera de las coincidencias señaladas, cabe subrayar que en realidad estos dos textos poco se parecen. “La cocinera” viene a ser un excelente ejemplo de humor negro mientras que “El único viaje” se antipa más bien a textos como “El vagabundo” (*Tres libros*, 1964) por su juego imaginativo. Se recordará que en “El vagabundo” aparece un hombre que también se desvanece

⁶ En “La cocinera” se elimina “de una universidad desconocida” y de buen gusto” y se cambia “de nuestro planeta” a “del planeta”, *Tres libros*, F.C.E., 1964, p. 71.

completamente del mundo real.

Además de incursionar en las zonas de lo fantástico, a Torri le interesa recrear en espléndidas estampas escenas inspiradas en el pasado de México. Igual que en *Ensayos y poemas* (1917) hay entre sus papeles otros textos de esta índole. Como nuestra, se produce aquí una estampa titulada “Siglo XIX” que sintetiza la lucha entre liberales y conservadores. Con un mínimo de vocablos exactos y de gran expresividad se presenta una escena de conspiración en alguna sacristía del país. La crítica, ya implícita al principio, se hace excepcionalmente feroz y despiadada con la transformación de los personajes (clero y militares) en animales repugnantes y sangrientos. No deja de ser irónico que el único testigo —un “sinistro” Cristo— quiera huir de este espeluznante espectáculo. La extrema condensación y la implacable objetividad que caracterizan este texto contribuyen a su indudable fuerza. Comparada con otras estampas, ésta no es menos lograda aunque sorprende por la severidad de su sátira. Tal vez por el brutal anticlericalismo que contiene, Torri no quiso publicar este texto. Es bien sabido que prefería una ironía mucho más sutil y suave.

Entre los manuscritos de Torri figura uno titulado “Un refinado” especie de estampa acerca de un hidalgo hambriento algo reminiscente del que aparece en *La vida de Lazarillo de Tormes*. No sin cierto toque irónico, el “refinado” describe su paradójica condición antes de “pavonearse” en la bulliciosa y pintoresca Plaza Real. Esta humorística prosa viene a ser una expresión más del gusto de Torri por señalar casos extraños en la conducta humana.

Entre su obra publicada, el tema de lo mexicano ocupa un lugar importante, por ejemplo, en “Las barriadas”, donde se destaca el aspecto pintoresco de los barrios populares de la ciudad de México. Es interesante notar que algo de este texto pasará modificado a “La feria”, prosa publicada inicialmente en 1922 y luego incorporada a *De fusilamientos*. Por ejemplo, cuando se refiere a las ferias de arrabal, el autor dice que las lámparas de petróleo “con su luz vacilante y roja iluminan brutalmente las caras atezadas de los pilluelos, los rimeros de naranjas y dátiles, las ollas relucientes de barro.” Torri aprovecha esta descripción en “La feria” y, siguiendo su costumbre, elimina ciertos elementos para lograr una mayor condensación: “Los mecheros iluminan con su luz roja y vacilante rimeros de frutas”. Además del ambiente festivo, “Las barriadas” recrea con rápidas pinceladas impresionistas la quietud provinciana de ciertos rumbos y la incomparable belleza de la altiplanicie, expresando, sobre todo, su sincera admiración por la enorme riqueza humana y artística del pueblo de México.

De índole más íntima son los textos “Estampa antigua” y “Un recuerdo”. El primero puede clasificarse como un poema en prosa de tendencia erótica que capta un momento de auténtica felicidad. De origen igualmente biográfico parece ser “Un recuerdo”, prosa incompleta que evoca a un hombre “cuyo silencio parece más digno de interpretar que la palabra de otros muchos”. ¿No es de hombre tímido, delicado, reservado, crítico, estéril y amante de la literatura una imagen del propio Torri?

Para terminar se incluye entre los textos sobre escritores (Valle-Arizpe, Ramírez Cabañas, Maeterlinck) el que trata de Jorge Cuesta. Aunque no es más que una presentación general, se puede apreciar el característico don de síntesis de Julio Torri. ♦

EL LADRÓN DE ATAÚDES

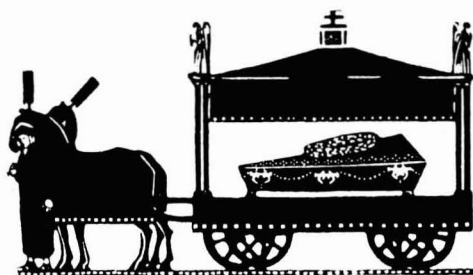
Hace cuatro meses, poco más o menos, que ocurrieron los sucesos que voy a referir. Una tarde, de vuelta de la Dirección General donde trabajo, hallé en mi casa una enorme caja de madera que me había llevado un mozo de cordel. Esta caja contenía un riquísimo ataúd de ébano, labrado maravillosamente y con pesadas incrustaciones de plata y marfil. El ataúd estaba vacío, y sólo hallamos mi mujer y yo una carta prendida con un alfiler a uno de los muelles almohadones de raso azul celeste de que está cubierto interiormente. Abierta la carta, decía así:

“—Señor: —Tuvimos el honor de asistir a la vista en apelación de la causa seguida contra los hermanos Mohedanos por violación de sepulcros. En el discurso que leyó Vmd. en defensa de los dichos hermanos Mohedanos nos pareció oír ciertas expresiones propias sólo de un fino *connaissanceur* de cajas de muerto. Hemos, pues, creído un deber ofrecerle a Vmd. el presente ejemplar, uno de los más preciados de nuestra rica colección. Fue fabricado el año de 1896 por Gautier de París, y las incrustaciones de marfil, talladas en Italia por Guerrini. Las dimensiones del ataúd que nos permitimos ofrecerle le dan un valor de rareza inapreciable, pues es de los pocos cuya longitud excede de tres metros cincuenta centímetros. De 1890 a esta parte sólo tres ataúdes se han construido del mismo tamaño que éste: uno, para Leopoldo II, rey de los belgas; otro, para el coronel Mulhausen del ejército alemán, quien pidió ser enterrado con su magnífico casco de hulano en la cabeza; y el último, para la duquesa de Olendorff, gran señora rusa que medía dos metros y ochenta centímetros, y que casó en 1898 con el tenor italiano Fiorini.

Perdónenos que no revelemos nuestros nombres, ni le indiquemos donde vivimos, porque a fuer de coleccionadores hemos sufrido algunos contratiempos, y se nos persigue actualmente por el robo de unos ataúdes.

Andamos a caza de un valiosísimo Samuel Smiles de Londres que guardó el cadáver del tercer marqués de Nothinghamm. Este marqués murió en Italia a los veintidós años de edad, y fue retratado por Sir Joshua en 1757. (National Gallery). Le seguiremos dando noticias de nuestras adquisiciones.

Posdata: ¿Nos permitirá Vmd. que le demos por muerto desde hoy, y que a nombre de su viuda hagamos venir de Amberes un Bendorps que necesitamos? ¿Sí? Gracias.” ♦



MI ÚNICO VIAJE

En el mundo de la mentira no hay leyes naturales que limiten las posibilidades realizables de los fenómenos. Las montañas se deslizan apaciblemente por el agua de los ríos, y éstos prenden su corriente de las altas copas de los árboles. La luna se ha retirado de su trabajosa vida sideral y descansa pacíficamente en el fondo fresco de un pozo, guardada por niños y enanos. Las estrellas se pasean por el cielo en la más loca confusión, y de verlas tan atolondradas y alegres los hombres han dejado de colgar de ellas sus destinos.

A muchos parecerá singular que yo pueda dar noticia tan exacta del mundo de la mentira. Si Vmds. me dan licencia, voy a contarles cómo fui allá.

Mi amigo Juan Cabeza de Vaca era mentiroso como un reloj que da trece campanadas. Hablaba sólo de personas inexistentes y de sucesos que nunca habían acaecido. Algunas veces, sin embargo, por flaqueza de su memoria, trataba de seres que vivían y de acontecimientos que sí habían ocurrido. Los primeros dejaban entonces de existir en el mundo de la realidad para existir en el de la mentira; y en cuanto a los segundos, se alteraban o cesaban de haber sucedido, mal que le pese al imposible metafísico.

Mi amigo era la inteligencia creadora del mundo de la mentira que por sola obra de su conversación se poblaba de seres reales. En el instante en que pronunciaba el nombre de una persona, ésta desaparecía tan exacta del mundo y se hallaba de improviso en el de la mentira. Este género de muerte cogía desprevenidas a las gentes, que desaparecían, *verbi gratia*, en lo más encarnizada de una riña, en el punto de reconciliarse dos antiguos enemigos, o en cualquier otro trance grave de la vida. Voy a contar cómo me sorprendió, cierta ocasión en que Cabeza de Vaca me atribuyó no sé que expediciones imaginarias por el Mar Rojo.

Cenaba yo en la casa del general Eneas Pezuña de Cabra, un héroe de la guerra de cien años. Habíamos bebido sin medida, y los genios de la locura, libres de su cárcel de cristal de roca, encendían en nuestros ojos y venas un fuego sagrado.

Mi vecino de la derecha, profesor de Economía Política de una universidad desconocida, disertaba con erudición amena y de buen gusto acerca de si el enfriamiento progresivo de nuestro planeta influye en el abaratamiento de los caloríferos eléctricos y en el consumo mundial de la carne de oso blanco.

—Su conversación, profesor, es muy instructiva, opinó una señora.

—Extremadamente instructiva, me apresuré a corregir.

—Instructiva en grado sumo, añadió gravemente el general Pezuña de Cebra.

Una dama: —¿Por qué no brinda Vmd., profesor?

—Señora, los estatutos de la Sociedad Protectora de Bisontes Americanos me lo prohíben.

Una marquesa dijo entonces que gustaría de oírme brindar, pues mi aire de persona tartamuda, le hacía presumir que yo no era un buen orador.

—Desde muy joven, añadía, he tenido vivísimos deseos de oír a un mal orador. Porque me han asegurado que los malos oradores existen realmente.

Otra dama aseguró que su marido era un excelente orador, por lo cual ella pensaba divorciarse. Todas las señoras confesaron entonces que sus esposos eran los mejores oradores que conocían.

Mi vecino de la izquierda, estúpido como un zapato impar, me indicó con una mirada que debía yo acceder a los ruegos de la marquesa.

Cuando me levanté de mi asiento, pude mirarme a hurtadillas en el espejo que tenía delante, en tanto que terminaban los cuchicheos a lo largo de la mesa. Me pareció mi figura de un gran efecto decorativo: por encima de los vasos con flores y de los candelabros de plata se destacaba mi busto vigoroso y exuberante. Sobre mi cuerpo obeso mi cara trasudaba complacencia, y las venas de la frente, hinchadas del comer y beber, daban a mi sudoroso semblante una apariencia báquida y grotesca muy de la manera de Jordaëns. Comencé mi brindis con mi voz nasal y grave: —A imagen del emperador mexicano Moctezuma, en un diálogo célebre de Fontenelle, citemos a Sófocles...

En este punto, Juan Cabeza de Vaca pronunciaba mi nombre y yo desaparecía de este mundo. De mi asiento se levantó una llamita azulada, como la del ron cuando arde, vaciló un instante en el aire, reflejándose misteriosamente en los espejos del aposento, y luego desapareció a su vez.

Las señoras no cabían de gozo. La que me había pedido que brindara sonreía enigmáticamente a fin de persuadir a los demás de que ella estaba en el secreto de mi desaparición.

La mujer del general dijo: —¡Qué atolondrado y divertido era nuestro Diógenes Laercio. Nunca le perdonaré, sin embargo, la locura de desaparecer al tiempo de ir a citar a Sófocles.

El profesor: —Los hombres de ahora sólo citan del último libro que han leído. Debe citarse a mi parecer, cuando se empieza a olvidar lo que se cita.

Una señora: —O más bien cuando se ha olvidado del todo, profesor. Las citas sólo valen por su inexactitud.

El general: —Yo nunca hago citas: tengo para ello un instintivo mal tino. Mis hijos me demuestran siempre que las citas que hago no vienen a cuento.

El profesor: —Sus hijos, general, son muy caritativos con Vmd.

La marquesa: —Caritativos como un amigo que se duerme.

Otra señora: —O como una puerta que se abre. ♦



ESTAMPA ANTIGUA

No cantaré tus costados, pálidos y divinos que descubres con elegancia; ni ese seno que en los azares del amor se liberta de los velos tenues; ni los ojos, grises o zarcos, que entornas, púdicos; sino el enlazar tu brazo al mío, por la calle, cuando los astros en el barrio nos miran con picardía, a ti linda ramera, y a mí, viejo libertino. ♦

UN REFINADO

Un fanfarrón, un refinado.
Poesías de Scarron.

Mis bigotes retorcidos en punta se parecen a la cola de una tarasca, mi ropa blanca es tan amplia como mantel de taberna, y mi jubón no es más viejo que las tapicerías de la corona.

—¿Quién se imaginaría viendo mi garbo rozagante que el hambre, alojada en mi vientre tira —la homicida— de una cuerda que me estrangula como a un ahorcado?

—¡Ah, si de esta ventana, tras la que arde una luz, cayera en el pico de mi chapeo una alondra asada en vez de esta flor marchita!

Esta noche la Plaza Real con sus linternas, es clara como capilla. — ¡Cuidado con la litera! — ¡Limonada fresca! — ¡Macarrones de Nápoles! — ¡Oye, pequeña, dejás probar con los dedos tu trucha en su salsa! ¡Picasillo! Le faltan especias a tu cebolla.

—¿No es ésta Marion de Lorme, del brazo del Duque de Longueville! Tres perrillos la siguen ladrando, bellos diamantes son los ojos de la joven cortesana. Bellos rubíes en la nariz ostenta el viejo cortesano.

Y el refinado, con el puño en la cintura se pavoneaba, repartiendo codazos a los que paseaban y sonrisas a los pasantes. No tenía para comer y compró un ramo de violetas. ♦



LAS BARRIADAS

En los barrios bajos vive el pueblo, donde reside lo que constituye la fisonomía y carácter peculiar de cualquier agrupación humana. El visitante extranjero que no vaya a los arrabales, conocerá la ciudad de México, pero nada sabrá de lo que el pueblo de la Capital de la República tiene de pintoresco.

Es preciso aventurarse por las callejas del rumbo de San Antonio Tomatlán, a la hora del mediodía, o pasear por el barrio de la Merced, para enterarse de cómo viven nuestras clases inferiores. Creeréis hallaros en alguna ciudad de Oriente: bajo los cálidos rayos del sol discurre una abigarrada muchedumbre en el más lastimoso estado de miseria y desaseo. El olor nauseabundo de sus comidas os hará huir más que de prisa. De pronto, la gente se arremolina en torno de dos valentones que se acuchillan, o de dos mujerzuelas que se desgreñan. Es una de tantas riñas de mercado. Las palabras injuriosas o zumbonas, llenas siempre de agudeza, se cambian entre los camorristas, entre los mirones que en apretado círculo se divierten a costa ajena. Las dependencias de las mujeres son particularmente graciosas. El osado transeúnte no puede menos de sorprenderse, allá en su interior, de estas buenas gentes que sanamente se injurian y abofetean por causas baladíes.

Hoy en la Plaza de Mixcalco, la semana próxima en la de Talavera, luego en la Romita y después en Santa Julia, a todos los barrios les llega el turno de su feria. No carece de atractivos una visita a la miserable feria de arrabal. La plazoleta irregular se anima con el gentío que pulula entre las tiendas de lona. La noche está próxima y las lamparillas de petróleo, con su luz vacilante y roja, iluminan brutalmente las caras atezadas de los pilluelos, los rimeros de naranjas y dátiles, las ollas relucientes de barro. En un extremo de la plazuela se distingue la negra silueta de un edificio del tiempo de los virreyes; las sombras han borrado piadosamente la lepra de la fachada, embadurnada de cal en menguada hora; y las graciosas proporciones de la fábrica colonial regalo son de la vista.

Los vendedores vocean alegremente sus mercaderías; y dominando sus gritos, su melancólica música. Oíd: es un aire popular, la Adelita, la canción que evoca el camino polvoriento por donde van al trote los indios cargados con sus huacales.

Algunos barrios tienen la serenidad enervante de las ciudades de los Estados. Son como prolongaciones, en plena metrópoli, de la vida provinciana. A los ojos del observador menos atento se revela este aspecto de la barriada. Las casas son sólo de un piso; por la calle mal empedrada nunca pasan automóviles ni simones; los chicuelos juegan en mitad del arroyo; las gentes viven en la cómoda sencillez de costumbres de la aldea; en el pesado silencio del villorrio se destacan el ladrido de los perros, un aire vulgar de opereta que tararea una mujer del pueblo, las pisadas cada vez más lejanas de un vagabundo.

La vecindad del campo acentúa la intervención de la naturaleza en el paisaje. ¿Habéis experimentado alguna vez en las bulliciosas calles de Plateros el melancólico influjo del crepúsculo? Seguramente que no; así como tampoco paráis mientes, a diario, en las infinitas variaciones que tiene a ciertas horas nuestro espléndido cielo de altiplanicie. En cambio el que vive en los barrios, aun cuando carezca del gusto por la naturaleza, sentirá que ésta le penetra su vida, con las matinales sinfonías en rosa y perla, del ambiente; con el sedante añil del cielo, en el mediodía; con la gran riqueza de tonalidades y finos matices, en la puesta del sol.

En los barrios se vive aún, desde cierto punto de vista, en plena edad media. Hay aspectos en la vida de las clases iletradas que tienen la espontaneidad y la ingenuidad de los tiempos medios.

Todos recordamos los recientes milagros, que inusitadamente en nuestra época, obraba una imagen que se venera en la iglesia de la Candelaria de los Patos. La prensa diaria nos enteró de que en torno a la capilla los devotos for-



UN RECUERDO

Cuando los recuerdos de dos o tres personas, hoy en la tierra, sean enrollados y sellados con sus historias íntimas, no quedará más remembranza que ésta de un hombre cuyo silencio parece más digno de interpretar que la palabra de otros muchos. De él mismo, no ha dejado vestigios. Era común reproche contra él que nunca reconocía la obligación ante cualquier género de inquietud. El reino del cielo consiente violencia, pero como él nunca hizo ninguna no habrá sino que el cielo condescienda con su ociosidad. Las gracias delicadas, llenas de templanza, de reserva, las poesías en grado heroico. ¿Adónde encontraré una pluma bastante pesada para definir y limitar y reforzar tantas y tan importantes negativas? Las palabras parecen ofender con su aserción excesiva, y contrarrestan las insinuaciones a su reserva. Esa reserva fue de toda la vida. Amando la literatura, jamás tomó una pluma excepto para escribir una carta. No era de palabra difícil, sino sólo silencioso. Tenía un estilo exquisito que refrenaba. Las cosas de que se abstenía eran todas exquisitas. Venían de lejos para sufrir su juicio, si por acaso se detenía en ellas. Las cosas innobles nunca se aproximaron demasiado a su repulsa; no tenían con él sino esta conexión negativa. Si tuviera yo que equipar un autor... ♦



JORGE CUESTA

Nació en Córdoba, del Estado de Veracruz, el 23 de abril de 1904. En esa población vio discurrir su niñez y su adolescencia. Era, o es, la casa de sus padres la más hermosa de Córdoba: una soberbia construcción de genuino origen colonial, con amplios corredores y con arcos de medio punto que ven hacia el paisaje. La sensualidad incitó, pues, desde pronto a Jorge Cuesta; el trópico lo llamaba, como a Carlos Pellicer. El, sin embargo, eludía la sensualidad y procuró dar a su obra un acento puramente cerebral.

Hizo sus estudios primarios y preparatorios en su ciudad natal, y en 1925 se trasladó a México, para seguir la carrera de ingeniero químico en la Universidad Nacional. Estableció contacto inmedia-



tamente con el grupo "Contemporáneos" y prefería el trato, entre los de tal grupo, de Xavier Villaurrutia y José Gorostiza.

En 1928, sin haber terminado sus estudios, hizo un viaje a Europa, en donde cultivó principalmente la amistad de Desnos, Breton y del pintor Salvador Dalí. Con los tres sostuvo una abundante correspondencia, ya de regreso en México.

En 1932 publicó la revista literaria *Examen*, en donde se publicaron algunos capítulos de la novela *Carlatide*, de Rubén Salazar Mallén. Esta publicación fue conside-

rada inmoral por las autoridades, y Cuesta y Salazar Mallén fueron llevados ante los tribunales, siendo sometidos al único proceso de esta índole que haya habido en México. Fueron absueltos.

Aparte su producción literaria, escasa, premiosa, castigada siempre con rigor extremo, publicada muy de vez en cuando, Cuesta escribió una serie de artículos para *El Universal* y dio a la luz dos folletos de carácter político, uno de ellos extraordinariamente lúcido: *El Plan Contra Calles*.

Un único volumen dio a las prensas. Fue su *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928), que si mereció ser calificada peyorativamente en algún periódico como "un libro que vale lo que Cuesta", conmovió al pequeño mundo literario de México por su prólogo y sus atrevidas notas.

Jorge Cuesta murió en México el 13 de agosto de 1941. ♦

LAS BARRIADAS

maban compacta muchedumbre. En las calles adyacentes se instalaron los puestos de frutas, refrescos, etc., y los vendedores ambulantes se entregaron a un activo comercio. Y a no ser por la intervención de las autoridades municipales, hubiéramos asistido a la formación de una leyenda piadosa.

Yo he visto vender romances impresos en pliegos sueltos; quien en tanta castiza ocupación se entretenía cantaba ante numeroso concurso sus canciones. Tenían éstas por asunto el descarrilamiento de Maltrata, la desesperación del infeliz que se arrojó desde una torre de catedral, el incendio del Palacio de Hierro o La Colmena; o bien eran de carácter puramente lírico. (La Valentina, La Juanita, etc.). Un amigo mío ha sorprendido en los barrios de esta ciudad, nada menos que una versión del bellissimo romance de Gerineldos, que se canta no sólo en la Península Ibérica, sino también en el Brasil, las Islas Azores, y entre los judíos españoles de Levante. Las barriadas reservan aún muchas sorpresas a los folkloristas. Y Manuel M. Ponce ha mostrado entre nosotros, con sus meritísimas canciones, serenatas y rapsodias, todo el partido que se puede sacar de la música popular mexicana.

El pueblo tiene sus poetas, las más veces un ciego que tañe la vihuela y canta sus coplas con endeble voz. He oído algunas relativas al asesinato del Presidente Madero, suceso que impresionó vivamente la sensibilidad popular, y que comenzaban de esta manera:

"El día nueve de febrero / Todo el mundo se estremece: / Porque comienza el gran crimen / De mil novecientos trece..."

En general, el coplero del vulgo trata únicamente de sucesos recientes. Algunas veces la vena regocijada de nuestro pueblo aparece rebosante de ingenio y donosura, a todo propósito. Aun los cantarillos de pedir limosna (que tienen el ilustre abolengo de las cantigas de ciegos y escolares, del Arcipreste de Hita) abundan en rasgos chistosos y bufonadas. El buen humor de la pobretería es patente, así como la generosa interpretación de la vida, el sano optimismo, que constituyen la filosofía del pueblo, y que tienen en la novela picaresca española, y en sus derivaciones mexicanas del Periquillo, su más acabada expresión artística. ♦

SIGLO XIX

Bajo siniestro crucifijo, en la Sacristía, conspiran contra el gobierno liberal el arzobispo, los jesuitas y varios generales de la República.

Todo súbitas cóleras y centelleo de despecho, un padre de la Compañía impugna las Leyes de Reforma, aniquila los derechos del hombre y maldice a los constituyentes del 57.

El obeso arzobispo se repantiga y frota las manos con delicia bestial.

Suenan las dos de la mañana en los relojes públicos. A la temblona luz de los cirios se ha operado singular transformación.

En el sitial del arzobispo está un cerdo monstruoso. Los jesuitas han perdido sus lívidos semblantes y ostentan ahora cabezas de lobo llenas de ferocidad. Por los generales hay asnos terribles con los hocicos ensangrentados.

El Cristo, entre las sombras del muro, se debate en un ansia de huir. ♦